

# MALVINAS

Memorias de infancias  
en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



**conabip**  
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura  
Argentina

## **Autoridades**

### **Presidente de la Nación**

Dr. Alberto Fernández

### **Vicepresidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Ministro de Cultura de la Nación**

Prof. Tristán Bauer

## **Comisión Nacional de Bibliotecas Populares**

### **Presidenta**

Lic. María del Carmen Bianchi

### **Secretaria**

María Guadalupe Conde

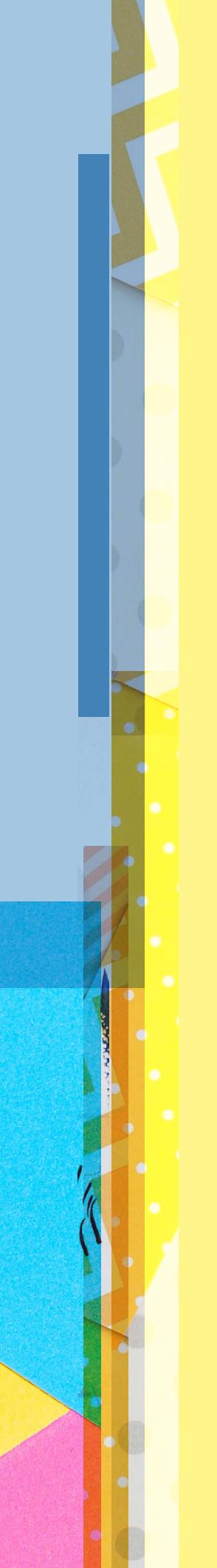
### **Vocales**

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



# MALVINAS

Memorias de infancias  
en tiempos de guerra

Selección y prólogo  
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.  
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular )

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

*Idea y coordinación general*  
María Julia Magistratti

*Coordinación editorial*  
Esteban Gutiérrez  
Laura Rovito

*Diseño y diagramación*  
Ariana Jenik

*Producción*  
María Celeste Albe

*Ilustración de tapa*  
Isol Misenta

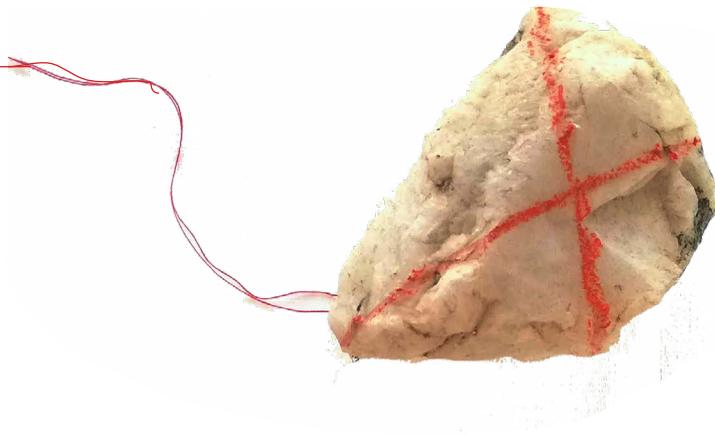
*Colaboraron en esta edición:*  
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional  
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





# MALVINAS

## Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

**conabip**  
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura  
**Argentina**

# Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Florenxia*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



## Eduardo Sacheri

Nació en Buenos Aires, 1967. Es profesor y licenciado en Historia. Publicó, entre otros, los libros de relatos *Esperándolo a Tito*, *Un viejo que se pone de pie* y la antología *La vida que pensamos*. También es autor de las novelas *La pregunta de sus ojos* —llevada al cine por Juan José Campanella como *El secreto de sus ojos*, ganadora de un premio Oscar como mejor película extranjera—, *Aráoz y la verdad*, *Papeles en el viento* —que tuvo su versión cinematográfica dirigida por Juan Taratuto—, *Ser feliz era esto*, *La noche de la Usina* —Premio Alfaguara de Novela 2016, llevada al cine como *La odisea de los giles*, dirigida por Sebastián Borensztein—, *Lo mucho que te amé* y *El funcionamiento general del mundo*. Su obra fue traducida a más de veinte idiomas.

# El silencio del pescadero

**E**l despertador sonó a las siete de la mañana, como todos los días. Me incorporé en la cama pero no puse los pies en el suelo todavía. Con mi hermano dormíamos en camas cuchetas y él ocupaba la de arriba. Mejor esperar para asegurarme de que sus pies tocaran el suelo antes de asomarme yo. En alguna ocasión me había pasado eso de que se lanzara al piso desde su cama y se topara conmigo en el camino. Había sido como chocar con un tren, o como si me lloviera un oso desde el cielo.

Cuando lo escuché aterrizar contra el piso y supe que mi esqueleto estaba a salvo, me levanté restregándome los ojos. Tocaba ahora la carrera entre los dos, por el pasillo, para ganar el baño. Perder esa batalla significaba que todo lo que venía después se demoraba y se llenaba de urgencias: desayunar atragantándome, vestirme a los apurones, treparme al estribo del colectivo, llegar a la escuela después del primer timbre, que el portero hubiese cerrado la puerta y que me pusieran media falta.

Pero ese viernes –porque era un viernes– todo, todo lo que pasó, pasó distinto. Apenas habíamos llegado a agazaparnos, mi hermano y yo, para emprender la carrera hacia el baño, cuando mi mamá llegó desde la cocina con la radio portátil en la mano al grito de “Tomamos las Malvinas, tomamos las Malvinas”.

Era tal es escándalo que metía la mezcla entre nuestras preguntas, las respuestas de mi mamá y los comentarios de los locutores de la radio que mi hermana (que tenía el sueño pesadísimo y se podía levantar un rato más tarde) emergió de su habitación con una expresión de sorpresa que no le cabía en el rostro y hubo que explicarle a los tropezones todo eso que estaba pasando y que, de tan extraño, no nos cabía en la cabeza. Desayunamos en silencio, con la radio en el centro de la mesa, escuchando que el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas y bla, bla, bla, en una operación de ejecución perfecta y bla, bla, bla, en la que no habían sufrido ni un rasguño los habitantes de las islas ni los soldados británicos apostados en ellas y bla, bla, bla, el pabellón argentino volvía a ondear sobre Puerto Stanley, que no se llamaba más Puerto Stanley sino Puerto Argentino. Esto último, lo del cambio de nombre de la capital de las islas, no estoy seguro de si lo dijeron ese mismo día o si sucedió después. Lo que pasa es que fueron meses tan vertiginosos,

tan llenos de novedades, que los recuerdos se acumulaban sin darnos tiempo a ponerlos en orden.

Esa misma mañana, de hecho, la escuela era un caos feliz en el que nadie daba órdenes ni nadie estaba dispuesto a obedecerlas. Nadie escuchó (porque nadie tocó) el primer timbre de las 7.40. Y nadie supo en qué momento el portero cerró la puerta, porque los ojos de todos se fueron sobre la figura imponente del rector del colegio, que con su voz estentórea nos dirigió un discurso cargado de patriotismo, orgullo y reivindicaciones soberanas.

La vida, el mundo, los demás, están permanentemente enviándonos señales. Son muchas, son confusas y son contradictorias. A veces somos medianamente capaces de ordenarlas y formarnos una visión de conjunto. Encontrar un sentido a ese farrago de estímulos. Otras veces, no. No sé cuál es la causa de que a veces se nos escape el sentido de lo que está pasando. En mis días buenos lo atribuyo a la inocencia. En mis días malos, a la estupidez. El asunto es que desde el 2 de abril nos metimos en un tobogán de emociones, de información, de expectativas. De miedo, no. Todavía no había lugar para el miedo. Vivíamos en una algarabía patriótica que nos ponía a salvo de todo. Éramos unos genios, el mundo nos admiraba y el corazón no nos entraba en el pecho, de puro orgullo. Te lo decía la tele, te lo repetía la radio, te lo confirmaban los diarios. Y lo mismo pasaba con la gente en la calle, tus amigos en el barrio, tus profesores en la escuela.

Era un milagro. Del aire se había disipado hasta el último malestar, hasta el último gesto de fastidio, hasta la última crítica hacia el gobierno. Unos días antes del 2 de abril las cosas eran distintas. Muy distintas. El régimen militar ya no tenía la solidez que había exhibido en el pasado. La gente, poco a poco, se atrevía a criticarlo en voz alta, a quejarse de la situación económica, a levantar el manto de silencio que pesaba sobre sus secretos más oscuros. Era un proceso de lentísima erosión, precisamente, del “Proceso”. Pues bien: desde el 2 de abril todo eso se había detenido. Cancelado, más bien. Ahora no había lugar para ninguna revisión, ninguna crítica. Todos éramos uno. Todos éramos Malvinas.

Usualmente a mí me tocaba hacer las compras. Mi madre trabajaba sin parar. Mis hermanos estudiaban en la universidad y también trabajaban. Y en tanto yo sólo me tenía que ocupar del secundario, fin del tema: “Pibe, agarrá la bici y las bolsas y andá al mercadito”. El mercadito quedaba cerca de la estación y tenía varios puestos: fiambrería con despensa, verdulería, carnicería y pescadería; y en esos días a nadie le preocupaba tardar demasiado tiempo con los mandados ni que la vieja de la vuelta se colase en la fila. Todo el mundo quería hablar de Malvinas. Que el desembarco, que los soldados, que el discurso del Canciller en las Naciones Unidas, que la visita

de Galtieri a las islas recién recobradas... El único que se quedaba al margen de ese bullicioso festivo era el pescadero.

El pescadero era un italiano silencioso, alto, flaquísimo, que usaba una boina calada hasta las cejas y que fumaba unos cigarrillos negros apestosos. Mientras los otros puesteros y los clientes debatían a los gritos sobre lo hecho y lo por hacer, el tano le pasaba un trapo rejilla a su mesada de mármol, o el lampazo al piso de baldosas blancas y negras alrededor de su puesto. Sólo salía de esos hábitos solitarios cuando alguien se acercaba a comprarle su pescado.

El italiano me daba miedo desde que era un chico muy chico. Lo rodeaba una atmósfera oscura, cargada, silenciosa. El humo que apestaban sus cigarrillos no ayudaba a volverlo hospitalario. Y como siempre odié comer pescado (en mi casa no sabían cómo disimularle el olor y el sabor para convencerme de comerlo), ese rincón oscuro del mercadito (oscuro porque quedaba lejos de la puerta, no tenía ventanas, y apenas lo iluminaba una lamparita que colgaba de su cable) era, para mí, lo más parecido a una mansión embrujada. Cuando me mandaban a comprarle, intentaba que la experiencia fuese lo más rápida posible. El tano hablaba un castellano difícil, me costaba entenderlo y me daba miedo hacerlo enojar si lo obligaba a repetir el precio del kilo de brótola.

En esos días estrambóticos, el contraste que el pescadero hacía con su entorno era más notable que nunca. Sombrío mientras todos irradiaban la luz del patriotismo. Silencioso, mientras todos se aturdían unos a otros con opiniones, análisis y pronósticos. No sé por qué me intranquilizaba tanto verlo al margen. Como si su incapacidad de encajar en la algarabía general fuese... algo hecho a propósito. Eso. Mi sensación era que el italiano no estaba al margen de lo que sucedía en la Argentina en esos días desquiciados por simple casualidad, o por su modo solitario de ser. Nada que ver. Era algo diferente. Como si hacerse a un lado, aislarse, fuera una manera de establecer una posición que quedaba en las antípodas de la nuestra.

Un par de semanas después del 2 de abril me tocó comprarle filet de merluza. El entusiasmo enloquecido de los primeros días seguía vigente (como seguiría casi hasta el día de la rendición, el 14 de junio), pero estaba cambiando de dirección. Ya no hacía centro en la alegría desbordada de haber recuperado las islas. Ahora todos éramos expertos en diplomacia mundial, en relaciones internacionales y en estrategia global. Analizábamos cómo iba a votar cada país en las Naciones Unidas, qué alianzas podía tejer el gobierno militar en la OEA, de qué modo Galtieri podría convencer a Alexander Haig para que a su vez convenciera a Reagan para que a su vez convenciera a Thatcher. El miedo seguía ausente de nuestras conciencias.

No sé cómo me atreví. Ni siquiera recuerdo del todo qué palabras usé. Lo cierto es que de repente me encontré, mientras el pescadero me envolvía el kilo de filet de merluza en papel de diario, preguntándole por qué no decía nada, por qué no participaba de la charla, por qué nos miraba siempre como desde afuera de todo.

Me miró fijo antes de hablar, como si le costase decidirse. Al final me dijo: “Yo peleé contra los ingleses. Van a venir. Van a pelear. Ustedes van a perder. Y un montón de muchachos se van a morir”. Eso fue todo. Han pasado cuarenta años, pero así fue como lo dijo. Cinco oraciones breves y directas como disparos. Después me tendió el paquete, me cobró y me dio el cambio. Al llegar a casa me apresuré a buscar en la enciclopedia Salvat y sí: era posible que el pescadero hubiese peleado contra los ingleses en la Segunda Guerra Mundial. Leer acerca de eso me confundió, porque yo me había acostumbrado a pensar esa guerra en término de Aliados contra nazis, y uno no tenía tan presente que los italianos hubiesen participado.

Hablaría mejor de mí (de mi inteligencia, de mi perspicacia, de mi sensibilidad) si dijese que esa breve conversación con el pescadero me abrió los ojos, me permitió ver las cosas de otro modo, me hizo tomar distancia de ese patriotismo ridículo que había brotado a mi alrededor y se alimentaba todos los días de la ingenuidad general. Pero no diría la verdad. La conversación con el pescadero me inquietó, me enturbió la mañana, pero no tuvo en mi ánimo el peso suficiente como para vencer la inercia.

Seguí inmerso en la danza enceguecida que todos bailaban a mi alrededor. El 1 de mayo empezaron los combates. Nos dijeron que estábamos ganando y decidimos creerlo. Nos dijeron que nuestros soldados estaban bien, y también lo aceptamos. Nos dijeron que más temprano que tarde los británicos entenderían el tamaño de su error y aceptarían sentarse a negociar y a devolvernos definitivamente las islas. Y también nos convencimos de que era cierto.

Lo decían en la tele. Lo repetían en la radio. Lo confirmaban en los diarios. Y nosotros lo reproducíamos en el barrio, en los recreos, en la calle y en donde fuera necesario. Ahora éramos expertos en neutralización de operaciones de desembarco, en artillería antiaérea y en lanzamiento de misiles Exocet sobre barcos enemigos. Y seguíamos sin experimentar el miedo. Mientras todos compartiésemos ese entusiasmo no corríamos peligro. Total, desde donde estábamos no escuchábamos estallar las bombas ni podíamos tomar dimensión de la soledad ni del frío.

La única nota desafinada, la única manchita en ese decorado perfecto, era la actitud del pescadero. Sus ojos bajos, la nube de humo de tabaco negro, su cabeza moviéndose ligeramente a derecha e izquierda, como negando apenitas, cuando la diatriba que soltaba algún colega o alguna cliente conseguía sacarlo de quicio. Pero ni una palabra. Nada.

Yo soñaba con llegar al mercadito un día cualquiera, atar la bici a la luz de mercurio, entrar con las bolsas en la mano y que el puesto del pescadero estuviera cerrado. Para no verlo. Para que su actitud de permanecer al margen no me enturbiase el ánimo ni las expectativas. Pero el pescadero estaba ahí, pasando el lampazo o limpiando sobre limpio su mesada de mármol con el trapo rejilla embebido en lavandina.

Si el pescadero no dijo nada cuando todos a su alrededor se llenaban la boca con la patria y la victoria, tampoco emitió una palabra cuando el 14 de junio llegó la rendición, y a su alrededor cambió el viento y todos empezaron a vociferar su bronca, su humillación y su sorpresa.

Nada de “yo sabía”. Nada de “se los dije”. Nada de “deberían haberse dado cuenta”. Nada de eso. Nada de nada. Siguió despachando pescado, envolviéndolo en papel de diario y cobrándolo en silencio. Varias veces pensé en decirle algo yo. En darle a entender, si era capaz de encontrar las palabras adecuadas, que tenía derecho a decirnos que él había tenido razón. Que habíamos sido unos ingenuos. Que habíamos sido incapaces de medir la guerra con la única vara que importaba, que era la del dolor de los soldados a los que les había tocado pelearla. Que habíamos sido incapaces de advertir el tamaño de la manipulación de la que habíamos sido objeto, porque todo había sido un montaje para ocultar lo que a esas alturas ya no había manera de ocultar.

Pero no fui capaz. Nunca encontré el modo.

Eso sí. Jamás me olvidé del pescadero, ni de su lección silenciosa. Todavía hoy, cuarenta años después, desde su puesto oscuro, al fondo del mercadito, sigue alzando apenas los ojos hacia mí, un poco por debajo de su boina, emergiendo como un espectro adusto por entre su nube de tabaco negro. Vuelve a sostenerme la mirada y a advertirme, en pocas palabras, que tenga cuidado. Que el fanatismo es un yuyo que crece fácil, apenas uno se descuida. Y que por eso hay que tener la cabeza fría y bien dispuesta a parar la oreja y escuchar lo que apenas se escucha detrás de lo que algunos vociferan. Y los ojos bien abiertos para ver en la penumbra lo que, a primera vista, no se ve porque te encandilan las luces rutilantes de escenografías dichosas y falsas.

Debe ser por eso que cada vez que me topo con alguien que me habla desde el pedestal de su fanatismo, yo miro un poco más allá, para que no me aturdan ni me encandilen. Y ahí sigue el pescadero, pasando el lampazo y limpiando con el trapo rejilla, en silencio, la mesada de mármol.